

El libro en Roma

IBOR BLÁZQUEZ ROBLEDO¹

Universidad de Salamanca

Ibor_elendil_cebre@hotmail.com

SUMARIO

El presente trabajo tratará de exponer de la forma más clara posible el mundo del libro en la antigua Roma. Se seguirán los procesos de fabricación del libro, desde la obtención de las materias primas, hasta llegar a las estanterías. También se tratará de los lectores, las lecturas, así como todo lo relacionado con las bibliotecas, con el objetivo de dar una imagen clara de la cultura libraria en la antigüedad romana.

Palabras clave: papiro, bibliofilia, cultura libraria, Roma.

SUMMARY

This project is intended to expose the world of books in the Ancient Rome, as clearly as possible. You will follow the process of the fabrication of the book, from obtaining raw materials to arriving on shelves. It is also about the readers, the readings, as well as anything related to libraries, in order to give an image of the book's culture in the Ancient Rome.

Key words: papyrus, bibliophilia, book's culture, Rome.

¹ Ibor Blázquez Robledo es estudiante de primero de Filología Clásica en la Universidad de Salamanca.

1. INTRODUCCIÓN

Al igual que gran cantidad de aspectos de su cultura la fabricación y comercialización del libro en Roma siguen el modelo griego.

La génesis de los libros en Roma se puede establecer con exactitud en el siglo III a.C., tal como nos atestigua el poeta romano arcaico Porcio Licinio: «*Poenico bello segundo Musa pinnato gradu// intulit se belicosam in Romuli gentem feram*»². «Durante la Segunda Guerra Púnica la musa, con paso alado, irrumpió, guerrera, en el salvaje pueblo de Rómulo»³. Ese paso veloz de la musa no es baladí, pues la influencia helénica en la vida y sociedad romana se hizo patente en todos los aspectos. Ya lo atestiguó en el siglo I a.C. Horacio con sus singulares versos: «*Graecia capta ferum victorem cepit et artis// intulit agresti Latio*». «Grecia conquistada conquistó a su fiero vencedor e introdujo las artes en el salvaje Lacio»⁴.

Según nos dice el poeta, la Musa (Grecia) se introduce al galope en Roma. Antes de esta revolución cultural, el pueblo romano ya poseía, gracias a los etruscos, medios de transmisión de la cultura tales como las planchas de plomo, bronce o tablillas de cera. Pero el libro en Roma no comienza sus andanzas hasta que los romanos se ponen en contacto con las colonias griegas situadas en la Magna Grecia.

Con los años, la afición e interés por los libros en la ciudad de Rómulo fue creciendo, sin duda influenciados por los griegos. En el año 168 a.C., tras la batalla de Pidna y la conquista del reino Macedonio, el cónsul Lucio Emilio Paulo se apoderó a modo de botín personal de la biblioteca del rey Perseo. Tras la conquista de Atenas por Sila en el 84 a.C., éste conquistó también la biblioteca del general y filósofo Apelición. Lúculo en su campaña contra Mitrídates del Ponto, se llevó a Roma la magnífica biblioteca de éste. Cayo Julio César después de su estancia en Alejandría concibió el sueño de fundar grandes bibliotecas como la de aquella ciudad, pero los puñales se lo impidieron. Siguiendo una vez más las huellas helenas, en el 39 a.C. Cayo Asinio Polión, hombre de gran cultura además de funcionario y político, abre la primera biblioteca pública en Roma. Es importante señalar que el concepto de biblioteca pública de los romanos no es el mismo que el nuestro, dado que actualmente hay un gran nivel de alfabetización. Sin embargo, en Roma la clase letrada que podía permitirse acudir a una biblioteca y leer era una minoría muy restringida. El sueño de César se cumplió con Augusto, ya que fue éste el que dio el impulso más grande al libro y a las bibliotecas, abriendo en el 28 a.C. la biblioteca del templo de Apolo en el Palatino y más tarde otra en el campo de Marte. El grano de mostaza plantado por Augusto enraizó y los posteriores empe-

2 A. Gellii, *Noctes Atticae* II, Oxford 2005.

3 R. Carande Herrero, *Fragmentos de poesía Latina épica y lírica*, Madrid 2003.

4 Q. Horati Flacci, *Opera*, Oxford, 1988. II, 1, 156-157.

radores fueron muy atentos con las bibliotecas; Trajano tras la conquista de Dacia construyó un nuevo foro y en él una biblioteca. En el S IV d.C. Roma llegó a contar con veintiocho bibliotecas públicas.

Ya se ha expuesto que el gusto por la lectura, la bibliofilia y la organización de bibliotecas del mundo romano son una clara herencia helena, pero es digno de destacar el papel que tuvo Roma en tales actividades en la parte occidental del imperio. Cuando la élite romana llega a la Bética o las Galias para gobernar las provincias, también llevan la afición por los libros, el comercio de libros y la apertura de bibliotecas. Son testigos de ello las ruinas de las ciudades romanas como Mérida, que poseía una digna biblioteca. También es testigo de lo mismo el florecimiento de personalidades tales como Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Apuleyo, San Isidoro o San Agustín, cuya formación fue posible gracias al comercio de libros.

2. ELABORACIÓN MATERIAL DEL LIBRO. DESDE LAS RIBERAS HASTA LOS TALLERES

2.1. ¿QUÉ ENTIENDEN LOS ROMANOS POR LIBRO?

Para saber lo que es un libro para un romano tenemos que partir primero del concepto actual. Según el *DRAE* el libro es un “conjunto de muchas hojas de papel u otro material semejante que, encuadernadas forman una obra completa o uno o más tomos de ella”. Por su parte, el *María Moliner* lo define así: “(del Lat. «*liber, libri*») 1. Conjunto de hojas escritas sujetas todas juntas por uno de sus lados. También en otros soportes: «Libro electrónico». 2. En la legislación actual, impreso no periódico de 49 páginas o más, sin contar las cubiertas”.

Por lo tanto, en teoría, cuando se nos dice la palabra libro, ha de venir a la cabeza algo como eso.

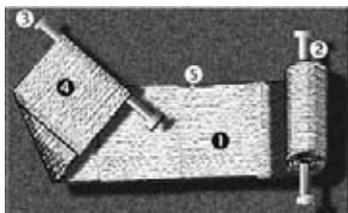
Pero para un romano su concepción era bastante diferente de la nuestra. En primer lugar, nuestra concepción de libro es la de *liber* o *codex*, que es un conjunto de hojas encuadernadas en torno a un lomo. Un romano utilizaría la palabra *volumen*⁵, que es una larga tira de papiro o pergamino enrollada que tenía que ser desenrollada para ser leída. Para nosotros esta acepción se acerca más a la nuestra de «rollo»⁶. Por otra parte, los *volumina*⁷ individualmente no significaron en sí una obra literaria o científica completa, sino que solo eran tomos o capítulos de ellas. De ahí el que

5 El volumen romano tiene su origen en el κύλινδρος (*kýlindros*) griego. Es uno de los aspectos culturales que Roma adoptó de Grecia. De esta acepción latina como parte de una obra, pasó a nuestra lengua con el mismo significado, cuando nos referimos a volumen como tomo de una enciclopedia.

6 Véase en 2.3.1.

7 Plural de *volumen*.

actualmente obras de los autores clásicos como la *Eneida* de Virgilio, entre otros, se divide en libros y no en capítulos.



1. *Scheda*. Cara interior del volumen.
2. *Umbilicus*. Ayuda a desplegar y recoger el volumen.
3. *Cornua*. Extremos del umbilicus.
4. *Aversa charta*. Cara exterior del volumen.
5. *Frons*. Significa frente, se denominaba con este término a los bordes del volumen.

2.2. LAS MATERIAS PRIMAS DEL LIBRO ROMANO

El libro actual se fabrica con papel, según la técnica traída por los árabes a occidente desde China en la Edad Media; ese papel se hace con la celulosa del árbol, pero no era así en Roma.

a. Papiro

El material de uso más común para hacer un libro en la antigüedad era el papiro. Papiro procede del latín *papyrus*, que a su vez viene del griego *πάπυρος* (*pápyros*) y éste es préstamo del egipcio antiguo *per-peraâ* que significa «la flor del rey».

El papiro es una planta de tres metros de altura que crece en el Nilo y algunas zonas de Asia Menor; posteriormente los romanos hicieron plantaciones en Sicilia para abaratar los costes de producción. Los primeros que utilizaron el papiro con fines culturales fueron los egipcios, posteriormente los griegos y por último los romanos. De esta planta se extraía la médula y se cortaba en tiras de diferente tamaño. Se ponían en remojo dos semanas y una vez ya hidratadas se disponía una cara horizontalmente y otra verticalmente. El siguiente paso consistía en prensar el papiro primero con un rodillo y luego con un mazo; los pliegos obtenidos se dejaban secar al sol y una vez secos se encolaban para darle resistencia. Seca la cola, se pulían los pliegos para que no se corriera la tinta. El resultado era un pliego de papiro llamado *charta* (préstamo del griego *χαρτης* «*chártes*»); este pliego era pegado con otro pliego y así sucesivamente hasta formar una larga tira de cinco o siete metros de largo por treinta o dieciséis centímetros de alto. Acabado ya el proceso el papiro estaba listo para escribir.



Planta de papiro.

b. Pergamino

Este largo proceso hacía del papiro un material muy caro a la vez que muy frágil, pues en los ambientes húmedos se deshace tras unos años de estudio diario. Por esa misma razón, con el tiempo el papiro entra en competencia con otro material, el pergamino.

El pergamino nace en la ciudad de Pérgamo, la cual le da el nombre. Según nos cuenta Plinio el Viejo (siglo I d.C.) en su *Historia Natural*, el pergamino nace a raíz de un enfrentamiento entre Tolomeo de Egipto y Eumenes de Pérgamo. Tolomeo poseía en Alejandría una gran biblioteca, cuyo modelo imitó a la de Pérgamo. Egipto suministraba papiro a Pérgamo, pero Tolomeo vio que la biblioteca de Pérgamo estaba creciendo demasiado. Por lo tanto, para detener dicho crecimiento Tolomeo cortó el suministro de papiro a Eumenes y éste tuvo que buscar un nuevo método para hacer libros. Así pues, en Pérgamo se mejoró la extracción de «papel» a partir de una antigua técnica basada en la piel de las reses.

La piel con la que estaba hecho el pergamino podía ser ovina, bovina, caprina o caballar. Una vez obtenida la piel tras despellejar a la res, se le quitaba la grasa y se sumergía en una disolución de cal y agua para facilitar el siguiente proceso. Después del remojo venía el raspado que consistía en quitar el pelo y dejar la piel en una membrana; se dejaba secar y se cortaba en el formato *charta*. Por último, se pegaban las *chartae* para formar el *volumen* que ya estaba listo para ser escrito. Sus dimensiones eran similares a las de la *charta* papirácea.

Resultó que el pergamino era mucho más resistente que el papiro, pero aún así muy caro y difícil de extraer. De ahí que en Roma solo las ediciones más lujosas estuvieran hechas en pergamino.

2.3. LA EDICIÓN DEL LIBRO

Los romanos aprendieron de los griegos no solo la forma de fabricar el material, sino también la edición del libro. Sin embargo, la dependencia del material también corría a cargo de los griegos, pues igualmente había que importar los materiales. Por una parte, el papiro tenía que venir de Egipto o Asia Menor, por lo que esto suponía un transporte que aumentaba el coste del libro. Por otra parte, el pergamino, aunque se pudiera producir en la península italiana, resultaba costoso en la forma de obtenerlo y por su gran longevidad aumentaba igualmente el precio.

a. Fabricación de los ejemplares

En latín «publicar un libro» se decía generalmente con las palabras *edere*, *emittere* o *divulgare*.

Una vez obtenida la materia prima y llevada a los talleres, comenzaba el proceso de copia del libro. Para entender el proceso, podemos estudiar el caso concreto del primer editor de Roma del que tenemos constancia, que no es otro que Tito Pomponio Ático, gran amigo del orador Cicerón, por lo que hemos de situarnos en el S I a.C. Cabe destacar que gracias a Ático, Marco Tulio Cicerón pudo publicar su amplia actividad literaria.

Ático era un hombre con una gran cultura, la cual había sido adquirida en Atenas, tal y como atestigua su nombre⁸. Quizás gracias a la cultura adquirida en Grecia se lanzó a la fabricación y comercio de libros, pues era un gran interesado por la literatura. También era una persona con tendencia a los negocios. Y, sin duda, poseía una gran fortuna, lo que le proporcionaba contactos e influencias. Ático poseía talleres en el monte Quirinal, en los que los escribas y correctores eran libertos o esclavos griegos⁹. Éstos se dividían en dos grupos: los *librarii*, escribas especializados, alfabetizados y entrenados para copiar rápidamente los textos; y los *agnostae*, correctores ocupados de revisar los errores de los ejemplares. Es lógico pensar que existieran los ilustradores, pues algunos de los textos romanos poseían ilustraciones, pero los escritores que nos hablan de la fabricación del libro no dan constancia de ello.

Supongamos que estamos en la Roma de Cicerón y Ático y que Cicerón ha decidido publicar sus *Catilinarias*. El autor le entrega a Ático un primer modelo para arrancar el proceso. La copia del libro se podía realizar de diferentes maneras.

La primera consistía en copiar el original de Cicerón para así tener dos modelos y copiar otros dos. De esta manera se obtienen cuatro modelos y podemos sacar otros cuatro y ya tienes ocho. Se seguía aumentando el número de modelos hasta que el pedido estuviera cubierto o dependiendo el número de *librarii* que pudiera tener Ático copiando el texto de Cicerón, ya que siempre se tiene que atender a otros pedidos y el número de *librarii* del taller era limitado.

La segunda opción consistiría en dividir el manuscrito de Cicerón en *chartae*¹⁰, se asignaba una de esas *chartae* a cada escriba y éste copiaría esa *charta* sucesivamente. Tras haber obtenido el número de copias necesarias se unirían las *chartae* formando los *volumina*¹¹.

8 Aunque estuviera en Atenas, ésta era la capital neurálgica de una zona llamada Ática, de ahí el nombre de Ático.

9 La razón por la que fueran esclavos griegos era porque éstos eran los pocos esclavos alfabetizados que había, ya que en la mayoría de las ocasiones eran pedagogos y secretarios.

10 Este término se refiere al formato que tenían los pliegos de papiro o pergamino nada más fabricarse. Para realizar la copia de este modo había que llevar el material al taller sin estar conformados los *volumina*.

11 Se refiere a que el proceso de unión de los pliegos se hacía en el taller, estando ya escritos.

La tercera opción sería que un lector dictara a los *librarii* el texto de Cicerón. Con este sistema era más fácil cometer errores.

Como es fácil deducir, el método de escritura de ellos era diferente al nuestro. Nosotros guiándonos por el sistema del *codex*, escribimos página por página pasándolas. Los romanos tenían que desenrollar el *volumen* por una parte y recogerlo por otra. Los *librarii* de Ático no escribían el texto en una línea del principio al final del volumen, sino que lo dividían en *paginae*¹² de unos veinte centímetros de ancho, por lo que un volumen de siete metros podía contener unas treinta y cinco *paginae*. Escribían una *pagina* tras otra, de forma que si extendiéramos el total del rollo veríamos columnas del texto.

El volumen se escribía solamente por la cara interna, lo que hacía que la externa se reforzara para darle más durabilidad, además de que se aprovechaba menos soporte. La letra utilizada por los editores romanos era la capital¹³, que se componía de letras mayúsculas e iguales de tamaño. La capital cuadrada, tan ancha como alta, tomada de las inscripciones monumentales, estaba reservada tan solo para ediciones lujosas. Por otra parte, estaba la capital rústica, que era más redonda y estilizada que la anterior. Es muy interesante destacar que se escribía sin espacios ni signos de puntuación, algo que es fundamental para nosotros al momento de leer. Para explicar esto se suele aludir al gran coste del material para fabricar los libros. También es posible que se debiera a que era una cultura de mayor oralidad que la nuestra; en la que durante la educación de los niños se memorizaban prácticamente obras enteras, y en la que las obras se escribían más para ser oídas que leídas¹⁴. Cuando los *volumina* estaban escritos se trataban con aceite de cedro para protegerlos de los insectos. Esta sustancia les daba un color amarillento.

Tras el trabajo de los *librarii* comenzaba otro no menos tedioso, el de los *agnostae*. Su cometido consistía en corregir el texto, ya que cometer errores era algo común entre los escribas. En la antigüedad la corrección debía llevarse a cabo en cada ejemplar, y Ático era conocido por poseer *agnostae optimi* (excelentes correctores). La forma de corrección consistía en que un *agnosta*¹⁵ leyera en voz alta el modelo de Cicerón y los demás fueran siguiendo la lectura y corrigiendo los errores. Esta actividad era muy hastiosa, ya que el *volumen* era muy fastidioso para leer. Para facilitar el manejo se colocaba en cada extremo del *volumen* el *umbilicus*, una varita de metal o madera, con el que se facilitaba «pasar de *pagina*».

12 Esta palabra es el plural de *pagina*, *paginae* f. En un principio significó hilera de vides, porque las palabras en el texto recordaban a las vides alineadas en una viña.

13 Viene de la palabra latina *caput*, *capitis* n. que es cabeza. Llamada así porque encabezaba los títulos de los libros y los capítulos.

14 Véase en 4. y 4.1.

15 Singular de *agnostae*.

b. Instrumentos y materiales necesarios

El objeto con el que se escribía era llamado *calamus*. Al principio se utilizaba una especie de plumilla de bronce, pero la falta de flexibilidad de ésta al escribir sobre papiro o pergamino hizo que se empleara el *calamus scriptorius*¹⁶. Éste se afilaba con una especie de cortaplumas llamado *culter* o *scalprum librarium*¹⁷, que cortaba el calamos análogamente a las actuales plumillas, para que con el corte absorbiera más tinta. Según Plinio en la *Historia Natural* los mejores *calami*¹⁸ procedían de Egipto y Gnido. En castellano conservamos la expresión latina *lapsus calami*, que significa «error cometido al correr la pluma» *i.e.* al escribir.



Encina afectada por el quermes.



Agalla de encina.

La tinta que se utilizaba para escribir el cuerpo del texto era de color negro, designándose en latín con el nombre de *atrementum*. El *atrementum* estaba compuesto por hollín, resina, heces de vino¹⁹ o tinta de sepia, que se mezclaba con goma vegetal o agua. Conforme avanzaba el tiempo se fueron añadiendo otros componentes como la agalla de encina²⁰ o vitrolo²¹ en vinagre o cerveza. Con esto la tinta negra tomó varios matices además del negro puro.

También se utilizaba una tinta roja para escribir los títulos, llamados *rubricae* y los nombres de los autores²². Esta tinta era denominada como *rubrica* o *minium*²³ ya que su base para conseguir el color rojo era la *terra rubrica*²⁴.

16 En latín significa caña de junco para escribir.

17 Se asemejaría a nuestro actual cortaplumas, en castellano tenemos la palabra patrimonial *escalpelo* y *escalplo*.

18 Plural de *calamus*.

19 Designa lo que comúnmente llamamos hollejo o escobajo, los pellejos de las uvas recién prensadas.

20 Alteración de los tejidos vegetales de encinas o robles producida por el insecto parásito quermes. Del tejido globuloso formado por este parásito se extrae el pigmento de color rojizo.

21 El vitrolo es el sulfato de distintos minerales, según el mineral se sacaba un color distinto. Del sulfato de cobre el color azul, del de hierro el verde y del de cinc el blanco.

22 De ahí conservamos la palabra *rúbrica* que significa firma.

23 De *minium* conservamos *minio* que es el nombre de una pintura naranja con las que se pinta el hierro previamente para que la pintura de forja se adhiriera mejor. También conservamos *miniatura*, porque las miniaturas de los códices medievales se hacían con *minium*.

24 Esta tierra es de color rojo, de ahí su nombre que viene del latín *ruber* que es rojo. En castellano conservamos palabras de esta raíz como *rubí* o *ruborizado*.

La tinta tenía propiedades como el espesor, la untuosidad y variable adherencia dependiendo de la absorción del material. La tinta fresca se podía borrar con una esponja llamada *spongia* o *deletilis*.

3. COMERCIALIZACIÓN DEL LIBRO

3.1. LIBREROS Y LIBRERÍAS DE ROMA

El oficio de librero y editor en Roma comúnmente eran el mismo, así que debemos hablar de editores-libreros. Uno de los más conocidos fue el anteriormente citado, Ático. Nos han llegado los nombres de muchos libreros como los hermanos Sosios, Atrecto y Segundo, Ateneo o Sexto Prudencio Dioniso; sus nombres atestiguan, en varios casos, su origen griego. El librero era llamado comúnmente *bibliopola*, en menor medida *librarius*, y despectivamente *libellio*.

La librería en Roma recibía el nombre de *taberna libraria* o simplemente *libraria*. Como en todas las tiendas romanas de la época, las librerías estaban situa-



Imagen de una *ínsula* romana, en este caso la *taberna* es una herrería.

das en la planta baja de las *insulae*²⁵, muy parecido a nuestra forma de disponer las tiendas hoy en día. Exhibían la mercancía en la calle colgando carteles en las jambas, dinteles y paredes exteriores de la *taberna*. Una *taberna libraria* era un auténtico caos: abundantes *armaria*²⁶, y sobre los *nidi*²⁷ o las *mensae*²⁸ cientos de *volumina* de todas clases y un bullioso gentío que propiciaba el caos. En Roma había cientos de librerías repartidas por toda la ciudad, de las cuales, la de los hermanos Sosios²⁹ estaba situada al lado del templo de Jano, en la vía Argiletum, en el foro de César y en el templo de la Paz.

3.2. PRECIOS Y BENEFICIOS DEL EDITOR-LIBRERO Y DEL AUTOR

Es muy difícil averiguar el precio de los libros pues no tenemos muchos datos, además de que no podemos seguir la inflación y devaluación del dinero desde la

25 La *insula* romana era un bloque de pisos hasta de cinco o siete plantas en la que en la parte baja se situaba un local llamado *taberna* que estaba reservado para tiendas y talleres artesanales.

26 Plural de la palabra *armarius* que es armario. Se utilizaban para guardar los libros.

27 Plural de la palabra *nidus* que es estantería.

28 Plural de la palabra *mensa* que es mesa.

29 Datados en el siglo I a.C. Mencionados por Horacio.

antigüedad. Por lo poco que sabemos, los precios en sí eran muy variados ya que no había un control establecido como hoy en día. Por lo que nos ha llegado hasta hoy los libros más caros eran los antiguos y en Roma había un gran negocio en torno al libro antiguo. Aquí entra el juego de la falsificación; tenemos información de que algunos libreros introducían los libros en ánforas de cereales para amarillarlos y así parecieran más antiguos.

Una gran parte de los beneficios se los llevaba el editor-librero, pues a la vez era el que fabricaba, vendía el libro y tenía que pagar el salario a los *librarii* y a los *agnostae*³⁰. El editor-librero, pongamos el ejemplo de Ático, tenía que asumir riesgos de excedentes cuando un libro no tenía mucho éxito. Supongamos que una edición de poesía bucólica elaborada por Ático no ha tenido mucho éxito. Una de las posibles soluciones sería la de enviar el excedente a las provincias para venderlo allí. De esto nos informa Horacio con una fina ironía haciendo un pronóstico para su primer libro de epístolas:

«*Quod si non odio peccantis desipit augur, // carus eris Romae donec te deserat aetas; // contrectatus ubi manibus sordescere vulgi // coeperis, aut tineas pasces taciturnus inertis, // aut fugies Uticam aut vinctus mitteris Ilerdam*»³¹. «Mas si no se equivoca el augur por rencor del pecado, // querido serás en Roma hasta que te dejen los años; // cuando, manoseado por el vulgo, empieces a ensuciarte, // o servirás de pasto a las torpes polillas, // o irás a Útica o en paquete serás enviado a Lérica»³².

En el caso de que no fuera posible enviar ese excedente a las provincias, en el mejor de los casos se vendía para uso escolar, pues las partes del *volumen* sin escribir podían ser utilizadas para los ejercicios de cálculo por los escolares. También se podía vender como papel para pasta y en el peor de los casos para envolver pescado tal y como nos cuenta Catulo profetizando un destino fatal para las obras de su enemigo Volusio: «*At Volusi annales Paduam moriretur ad ipsam // et laxas scombris dabunt tunicas*»³³. «Pero la obra de Volusio debe morir ya en Padua, y servir de amplio ropaje para inamenas caballas»³⁴.

Sin embargo, el autor no recibía grandes beneficios por sus obras tal y como nos atestiguan Horacio y Marcial:

30 Se les pagaba salario en el caso que fueran libres, ya que si fueran esclavos eran propiedad del librero y solo se les daba comida, vestidura y techo.

31 Q. Horati Flacci, *Opera*, Oxford 1988, *Epist.* I, 20, 10-13.

32 Horacio, *Sátiras, Epístolas, Arte poética*, Madrid 1996, *Epist.* I, 20, 10-13.

33 Catulli, *Carmina*, Oxford 1958, 95. 7-8.

34 Catulo, *Poemas*, Madrid 1993, 95. 7-8.

«*Hic meret aera liber Sosiis; hic et mare transit// et longum noto scriptori prorogat aevum*»³⁵. «A los hermanos Sosios les aporta ganancias, al autor si cruza el mar y esparce su gloria por todo el orbe»³⁶.

«*Dicitur et nostros cantare Britania versus// Quid prodest? Rescit sacculus ista meus*»³⁷. «Se dice que Britania entona mis versos. ¿De qué me sirve? Mi bolsa no da cuenta de ello»³⁸.

El escritor en sí tenía que ser un personaje con medios de vida, ya que cuando se publicaba una obra el autor no recibía beneficios. Se podía vivir de las rentas arrendando tierras y propiedades adquiridas por herencia si tus padres eran de la alta clase social. Se podía vivir ejerciendo un oficio, como pasaba con los médicos y cocineros. Por último, otra forma sería vivir mediante el mecenazgo de algún personaje poderoso de la élite romana³⁹. Pero de ninguna manera era posible vivir en Roma esperando beneficios de lo que se escribiera. La lectura y la escritura eran actividades que pertenecían a la esfera del *otium*, entendido como un tiempo que el noble dedicaba a su formación intelectual y espiritual.

3.3. PIRATERÍA DESDE LA ANTIGÜEDAD

Al igual que en la actualidad, también en Roma se hacían prácticas ilegales de la edición y el comercio de libros. Los romanos también tenían su “*top mantá*”. Era muy normal que editores novatos se hicieran, antes o después de la edición oficial, con algún ejemplar de la obra, se copiara habitualmente con poca calidad y se lanzara al mercado a precios bajos. Este tipo de «ediciones piratas» eran muy corrientes en Roma y además se contaba con la ventaja o el inconveniente de que no existían los derechos de autor. Sin embargo, un autor podía llevar a los tribunales a un editor pirata por haber publicado su obra sin consentimiento suyo apelando al derecho de la propiedad privada. En una carta Cicerón se disculpa ante Ático porque, sin saberlo el propio Cicerón, se había publicado uno de sus discursos sin ser Ático el encargado. También hay cuantiosos testimonios como uno del médico Galeno. Cuando éste llegó a Roma después de un viaje, se habían puesto en circulación sus obras sin que Galeno se las hubiera dado a ningún editor.

35 Q. Horati Flacci, *Opera*, Oxford, 1988. *Ars.* 345-346.

36 Horacio, *Sátiras, Epístolas, Arte poética*, Madrid 1996, *Ars.* 345-346.

37 Martialis, *Epigramata*, London 1993, XI, 3-5.

38 Marcial, *Epigramas completos*, Madrid 2002, XI, 3-5.

39 Este tipo de vida se llama mecenazgo, ya que fue Mecenas, uno de los amigos de Augusto, el que inició este tipo de protección a los escritores. En el caso de que los escritos de cierto escritor le agradaran a algún personaje rico, éste financiaba la vida del autor; tal fue el caso de Virgilio o de Horacio que vivían gracias al mecenazgo de Augusto y Mecenas.

4. LECTURA PRIVADA Y LECTURA PÚBLICA

A modo de introducción de este capítulo, parece pertinente comentar la forma de leer en Roma. Hoy en día leemos en silencio cuando no queremos que oiga otra persona lo que estamos leyendo. En Roma, la lectura individual era totalmente diferente; se leía en voz alta porque el individuo era educado para hablar en público, para entrenar la oratoria y poder emprender una carrera forense, el famoso *cursus honorum*⁴⁰ durante el período republicano. En la época imperial también fue importante este tipo de educación, pues en la carrera de funcionario público a servicio imperial también era muy importante la oratoria.

4.1. RECITACIONES

Las *recitationes* constituyeron un fenómeno social en la Roma antigua y se popularizaron en la época del imperio. Antes de que se efectuara una *recitatio*, el escritor de la obra realizaba una lectura privada ante sus amigos. Sus amigos podían opinar sobre la obra e incluso hacer correcciones. Cuando ya estaban satisfechos los amigos del autor y él había visto la reacción de éstos se procedía a la *recitatio*. La *recitatio* en sí es una lectura pública de una obra literaria o científica efectuada en las termas, sobremesas o auditorios en las casas de los escritores, con el fin de dar a conocer la obra y así hacer publicidad del libro para venderlo.

La *recitatio* se llevaba a cabo de la siguiente manera: independientemente del sitio en el que se realizara, asistía el editor, que bien podía leer los pasajes seleccionados o bien podía leerlos otra persona experta en ello, para ver si el libro tendría éxito en la venta; por último, asistían los invitados y amigos del escritor aunque numerosas veces solo asistían por compromiso. La impresión que se llevaran los asistentes corría cuantiosas veces a cargo del lector, ya que si lo leía bien o mal le parecería al oyente algo bueno o no. Conservamos un epigrama de Marcial que expresa de forma clara y concisa, a la vez de humorística, la importancia de leer bien: «*Quem recitas meus est, o Fidetine, libellus:// sed male cum recitas incipit esse tuus*»⁴¹. «El librito que lees en público, Fidetino, es mío; pero cuando lo lees mal empieza a ser tuyo»⁴².

40 El *cursus honorum* era la carrera política en la República romana. Consistía en ir ascendiendo en la escala de las magistraturas. Primero cuestor, segundo edil, tercero pretor y cuarto cónsul.

41 Martialis, *Epigramata*, London 1993, I, 38.

42 Marcial, *Epigramas*, Madrid 1997, I, 38.

4.2. BIBLIOFILIA ROMANA

La bibliofilia es otro aspecto de la cultura romana heredada de La Hólade. Los bibliófilos coleccionaban libros y por tanto éstos eran los que los compraban (véase capítulo 5). Los bibliófilos almacenaban los libros en los despachos de sus casas, sobre armarios o estuches de cuero o madera. Estos estuches contenían varios *volumina* que formaban la obra literaria o científica.

Dentro de los bibliófilos se podían establecer dos grupos: los auténticos y los falsos. Los auténticos bibliófilos coleccionaban libros porque eran personas de gran cultura y muy interesadas en aprender. Los falsos bibliófilos coleccionaban libros por hacerse los sabios o porque una biblioteca decoraba la casa. Éstos eran condenados por los verdaderos, tal y como atestigua esta cita de Séneca:

«*Apud desidiosissimos ergo videbis quidquid orationum historianumque est, tecto tenuis exstructa loculamenta; iam enim inter balnearia et thermas bybliothea quoque ut necessarium domus ornamentum expolitur*»⁴³. Traducción: “Conque en casa de los más perezosos verás todo lo que existe de oratoria e historia, lejos levantadas hasta el techo; pues ya además de los baños y las termas también se decoran una biblioteca, como adorno imprescindible de su casa”⁴⁴.

En el otro extremo, el auténtico bibliófilo no puede vivir sin el estudio de sus libros, tal y como nos vuelve a atestiguar el hispano: «*Otium sine litteris mors est et omnis vivi sepultura*»⁴⁵ Traducción: “El tiempo libre sin estudios es para los vivos muerte y sepultura”⁴⁶.

De esta manera nos hacemos a la idea de lo importante que fue la bibliofilia dentro de la cultura romana.

4.3. BIBLIOTECAS EN ROMA

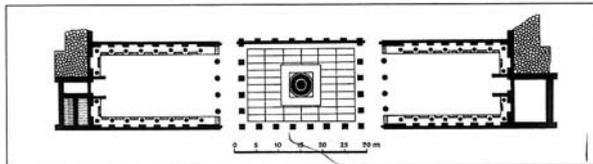
Ya se mencionó en la introducción la apertura de bibliotecas tras la muerte de César; en este capítulo se profundizará sobre ése y otros temas.

43 L. Annaei Senecae, *Dialogorum Libri Duodecim*, Oxford 1977, IX, 9, 7.

44 Séneca, *Diálogos*, Madrid 2000, IX, 9, 7.

45 L. Annaei Senecae, *Ad Lucilium Epistulae Morales* I, Oxford 1965, 82, 3.

46 Séneca, *Epístolas morales a Lucilio* II, Madrid 1999, 82, 3.

a. Historia y aspecto visual

El mundo de las bibliotecas estaba desarrollado en las áreas de influencia helena, es decir, Asia Menor, Grecia peninsular y Egipto; gracias al contacto comercial y político con la parte oriental del Mediterráneo adoptaron el modelo de la biblioteca de la cultura griega. Cayo Julio César, tras su estancia en Alejandría, quedó maravillado por la magnífica biblioteca y como buen romano pensó en llevarse la idea a Roma. Su repentino asesinato empañó su sueño; sin embargo, uno de sus partidarios, Cayo Asinio Polión, fundó en el año 39 a.C. la primera biblio-

teca pública romana. No nos han llegado restos de esta biblioteca, tan solo referencias en los textos. De la que sí tenemos restos arqueológicos es la del templo de Apolo en el Palatino, fundada por Augusto en el 28 a.C.; sin embargo, de la que existía en el campo de Marte no nos ha quedado constancia. Vespasiano, tras la revuelta judía del año 70 d.C., fundó otra biblioteca junto al templo de la Paz. De la que hemos recibido más información es de la gigantesca biblioteca fundada por Trajano entre el 112 y el 113 d.C. Otras bibliotecas cuyos restos han llegado hasta nuestros días son las de las Termas de Trajano y Caracalla. En resumen, las bibliotecas que nos aportan más información sobre su arquitectura son las de Apolo y Trajano. Las bibliotecas romanas podían estar vinculadas a un templo, como la de Apolo o la de Vespasiano, a un foro o a unas Termas, como las de Trajano.

Las bibliotecas romanas tenían elementos griegos pero innovan su organización espacial al tener dos tipos de textos. Estaban divididas en dos edificios, uno para obras latinas y otro para obras griegas. Estos edificios estaban formados por una nave cubierta por un techo abovedado. Entre las dos naves se situaba una estatua, que en el caso de la fundada por Augusto estaba dedicada a Apolo y en la fundada por Trajano se situaba la Columna Trajana. El centro de cada una de las naves de la biblioteca estaba reservado para el lector, de modo que en este espacio se situaban las mesas y las sillas. En los laterales había una repisa elevada de dos metros de profundidad, llamada *podium*, sobre la que se situaban los *armaria*, de unos tres o cuatro metros de alto, por uno y medio o dos de ancho y algo más de medio metro de profundidad. Los *armaria* estaban numerados y cerrados por puertas de madera seguramente en forma de celosía para dejar ver los *volimina* en su interior. En el caso de la biblioteca trajana tenía sobre los *armaria* otra galería, suponiendo una revolución en la creación de bibliotecas⁴⁷.

Las bibliotecas, en general, estaban suntuosamente decoradas con mármol, granito y madera de las mejores calidades y en ellas se erigieron estatuas a los mejores autores griegos y latinos.

47 Esta era la primera biblioteca de Roma que tenía dos pisos, además de ser la más grande, pues las dimensiones de cada nave oscilaban entre los 20,10 m de ancho, 16 m de alto y 27,10 m de profundidad. Las colosales dimensiones de esta biblioteca sólo son inferiores ante las de la biblioteca de Alejandría. Las imágenes expuestas al comienzo de este subpunto son un plano y una reconstrucción de la Biblioteca Trajana.



Reconstrucción de la biblioteca de la Villa Adriana.



Fachada de la Biblioteca de Celso.

b. Personal y organización

Para entender quién era el personal que tenía a su cargo las bibliotecas hay que recordar sus orígenes. Las bibliotecas romanas estaban regentadas por esclavos y libertos pertenecientes en un principio a la *familia Caesaris*⁴⁸, y más tarde por funcionarios, libertos y esclavos estatales. La inmensa mayoría de estos eran griegos, por su familiarización con la educación y la literatura⁴⁹.

48 Así era llamado el grupo de esclavos o libertos de la propiedad del emperador. Las bibliotecas eran dirigidas por ellos, ya que la mayoría fueron fundadas por los emperadores durante la mayor parte de la época romana.

49 Cf. Nota 5.

El que estaba a cargo de las bibliotecas de Roma era el *procurator bibliothecarum*⁵⁰, una especie de director estatal perteneciente a la amplia burocracia romana. Éste se ocupaba de las finanzas y gestión en conjunto.

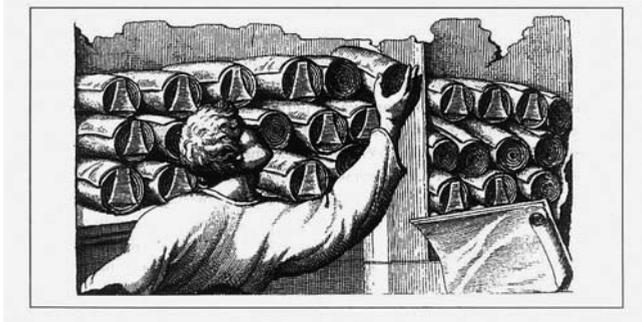
Por debajo del *procurator bibliothecarum* se situaban los *bibliothecarii*. El *bibliothecarius* de una biblioteca era un esclavo o liberto que había ascendido durante toda su vida desde clasificador o escriba.

El personal subordinado al *bibliothecarius* estaba compuesto por escribas y clasificadores encargados de revisar, ampliar el catálogo, restaurar los *volumina* y copiar las obras cuando el volumen estaba en un estado muy precario.

La organización de las obras era uno de los pocos aspectos de la biblioteca que se había adoptado de los griegos, en concreto, de los alejandrinos. Las obras dentro de la clasificación en idioma, se clasificaban según estuvieran escritas en verso o en prosa. Dentro del verso o la prosa se clasificaban según el tipo de texto: historia, filosofía, épica... La biblioteca poseía un catálogo de obras y autores organizados por orden alfabético que indicaba en qué número estaba el ejemplar buscado. Dentro del *armarius* las obras estaban clasificadas por orden alfabético, identificados por una etiqueta que colgaba de un extremo. Aún con todas esas facilidades se necesitaba la ayuda del personal familiarizado con los fondos.

El fondo *librario* de la biblioteca romana era adquirido básicamente por la copia de ejemplares de las bibliotecas helenas, aunque el comercio incrementó por la apertura de bibliotecas, ya que de alguna parte había que adquirir las obras escritas en latín que no había en las bibliotecas griegas. Aún así, la mayoría de las bibliotecas formaron su fondo gracias a la copia.

La apertura de bibliotecas se extendió por las provincias no helenizadas del imperio romano gracias a la inversión del capital privado.



Dibujo de un relieve de una biblioteca romana, obsérvense las etiquetas de identificación.

50 La traducción más fiel sería procurador de bibliotecas. En un principio fue un esclavo, pero a partir del reinado de Vespasiano fue un funcionario estatal.

5. LECTORES Y LECTURAS

Como ya se mencionó en el apartado 4.1, la bibliofilia era una afición muy practicada en el mundo romano, ya que, evidentemente, no disponían ni de televisiones, ni radios, ni Internet... Pero, ¿quién leía?, y ¿qué leían?



5.1. LECTORES

Es obvio que las personas que leyeron tenían que estar alfabetizadas, tener dinero y tiempo.

El primer grupo de lectores con estas características lo podemos encontrar en la clase de dirigentes romanos. Estos eran muy cultos y versados en retórica, filosofía y griego, eran bastante ricos y tenían tiempo libre, ya que gran parte de ellos vivían de las rentas. Este grupo de lectores de la alta sociedad se dividía en tres tipos.

En primer lugar, tenemos el lector profesional. Este lector lee lo que mayoritariamente está relacionado con su trabajo en la política, aunque también poseen gustos literarios porque eran personas muy cultas. El arquetipo de lector profesional está representado por Marco Tulio Cicerón. El propio Cicerón en su *De oratore* expone que el modelo ideal de orador es aquel que posee una gran cultura; por tanto, nos hacemos una idea de la importancia que tenía la lectura no sólo en la esfera del *otium*⁵¹, sino también para el futuro profesional en la vida pública. Quintiliano, el primer profesor de retórica asalariado de manera oficial con fondos estatales, enuncia en su *Institutio oratoria* que el orador en su formación tenía que leer a todos los autores, lo cual refuta la idea expuesta con Cicerón.

El segundo lector que podemos clasificar en esta clase social es el lector hedonista. Esta persona lee solamente lo que le gusta. Este tipo de lectores están muy influenciados por el estilo de vida griega de lujo y de placer que se estaba imponiendo, frente a la tradicional austeridad que promulgaban los auténticos valores romanos recogidos en el *Mos maiorum*⁵².

Esto me lleva al tercer tipo de lector, que sería la contraposición al lector hedonista: devora libros de cualquier clase porque cree que ser docto en todas las

51 Por *otium* entendemos el tiempo libre que dedica el político romano al cultivo sus intereses intelectuales.

52 El *Mos maiorum* se puede traducir como «la costumbre de los ancestros». Encerraba las costumbres y usanzas no escritas de la sociedad arcaica romana, era la herencia de las antiguas generaciones y tenía la misión de transmitirse a las nuevas generaciones. En resumen, eran las reglas que tenía que seguir un romano para considerarse un romano a ultranza.

materias es importante. Esta persona se puede perfilar como alguien muy culto y que es poseedor de los valores tradicionales. Un ejemplo modélico sería Catón⁵³.

Aparte de los lectores de la alta clase social podemos encontrar una parte de la población alfabetizada, con algunos conceptos de poesía y filosofía, con dinero suficiente para comprar libros de vez en cuando y con algo de tiempo libre, ya que serían pertenecientes al escalafón medio-alto de la sociedad de aquel tiempo. A este grupo pertenecían también los libertos de las clases dirigentes y los centuriones, junto a los soldados alfabetizados⁵⁴.

De la mujer no nos han llegado datos. Al parecer las mujeres no eran ávidas lectoras, ya que recibían una educación muy elemental, pues estaban destinadas al gobierno de la casa y la crianza de los niños. Sin embargo, no se descarta el papel de la mujer lectora.



Matrimonio pompeyano siglo I d.C.

El número de lectores en el mundo romano no era muy alto, pero sí significaba una actividad importante dentro del ocio de la alta clase romana, tal y como, anteriormente nos hemos referido, atestiguaba Lucio Aneo Séneca.

5.2. LECTURAS

Seguramente lo que se leía en Roma es lo que nos ha llegado hasta hoy en día. En la época que se potenció más la lectura fue a partir del S I d.C. con la apertura

53 Este tercer modelo de lector se entrecruza con el lector profesional, ya que tanto uno como otro lo han de leer todo.

54 Una parte de los soldados romanos sabían leer y escribir, ya que en el ejército unos conceptos mínimos de lectura y escritura eran necesarios, aunque no obligatorios, y ayudaban a comprender varios de los términos escritos en los estandartes y documentos salariales.

continuada de bibliotecas. Teniendo conciencia de que la clase dirigente, que era la que más leía, estaba educada en griego, junto al hecho de que en el siglo primero ya existía la literatura griega desde hacía siete siglos en comparación con los dos siglos de vida que tenía la literatura romana, debemos suponer que lo que más se leyó en Roma fue literatura griega. También la literatura latina tuvo gran importancia dentro de la propia Roma, como es obvio.

Entre las principales lecturas en Roma destacaremos algunas. Dentro de la literatura griega podemos encontrar a los filósofos presocráticos, a Platón, a Aristóteles, a los estoicos⁵⁵, a los epicúreos... También a Homero como gran representante de la épica con la *Iliada* y la *Odisea*; los trágicos como Esquilo, Sófocles y Eurípides; Aristófanes como representante de la comedia antigua; autores de la comedia nueva como Menandro; el poeta didáctico Hesíodo o los historiadores como Herodoto o Tucídides, eran también autores leídos en esta época. Gozaban también de gran fama los oradores como Lisias, Isócrates o Demóstenes. Los poetas alejandrinos fueron muy apreciados, como Apolonio de Rodas, Teócrito de Siracusa y Calímaco. También las obras de rigor científico como las de Hipócrates.

Dentro de las letras latinas tenemos la poesía épica de Ennio o Livio Andrónico, la de los neotéricos o *poetae novi*, como Catulo, la de Horacio, Ovidio, las *Bucólicas*, las *Geórgicas* o la *Eneida* de Virgilio. En prosa, tenemos la historiografía de Salustio, César, Tito Livio, Plinio, Tácito y Suetonio; las obras de Cicerón como autor indispensable en la formación del ciudadano romano de época imperial, según Quintiliano. Hemos de unir, además, las comedias de Plauto y Terencio. Así mismo el género epistolar también era una lectura muy apreciada en la antigua Roma, pudiendo nombrar epistolarios como los de Cicerón o Séneca.

Este pobre catálogo es tan solo una idea de lo que se leía en Roma aproximadamente hacia los siglos I y II d.C. Hemos de tener en cuenta que mucha de la literatura que se leía en la época no ha llegado a nosotros. De todas formas, si queremos acercarnos a un canon de autores que se leyeron de forma regular y, por decirlo de alguna forma, académica, hemos de remitir a la obra de Quintiliano, *Instituto oratoria*, pues allí se nos da un canon de autores que se debían leer, siempre pensando que estaban orientados a la educación del ciudadano.

También existían lecturas no con tanto valor literario como las mencionadas anteriormente, sino otro tipo de lecturas. Entre ellas podemos encontrar los libros eróticos y pornográficos de Elefantis o libros de cocina como *El arte de la cocina* de Marco Gavio Apacio. Es curioso destacar la importancia que suponían los

55 La escuela estoica fue fundada por Zenón de Citio en el año 311 a.C. Este tipo de filosofía fue la que tuvo más aceptación en Roma porque coincidía en varios puntos como la ética, con los valores tradicionales romanos. Uno de los grandes estoicos romanos fue Séneca, que forjó el término del *vir fortis*.

libros pornográficos, pues los centuriones y legionarios eran ávidos lectores de este género.

6. CONCLUSIÓN

El mundo del libro en la antigua Roma, desde su fabricación hasta las estanterías, constituye un punto de inflexión para el resto de la Historia de occidente. El concepto romano de libro, materialmente hablando, nos ayuda no sólo a saber cómo eran los soportes de la cultura, sino que también nos da una idea del avance que supuso el paso del *volumen* al códice; con lo cual se hizo mucho más sencilla la copia y lectura de un texto. También denota la importancia de la oralidad dentro de la educación del romano, ya comentada anteriormente, el hecho de que el soporte de la cultura fuese un objeto de tan difícil manejo y manipulación. Así mismo, el proceso de edición de un libro es un aspecto de la cultura antigua bastante desconocido de manera general y que es importante dar a conocer para cubrir ese interrogante que se nos plantea a veces sobre detalles pequeños de la vida en la Roma antigua.

El rol que juega Roma respecto a la transmisión de la cultura mediante el libro es importantísimo, pues mediante la romanización expande los libros, con ellos las obras clásicas e influye decisivamente en el surgimiento de literatos y filósofos en las provincias occidentales del imperio. La novedad que inaugura Roma en la construcción de bibliotecas ha trascendido durante toda la historia de la biblioteca occidental, pues en el siglo XVI la corte papal construyó la biblioteca vaticana siguiendo el modelo romano, y fue el monarca español Felipe II el primero de Europa que importa este modelo de construcción de bibliotecas en la edificación del Monasterio del Escorial. Desde el punto de vista sociológico e historiográfico significa cómo una cultura belicosa acepta progresivamente el mundo de la cultura libraria desde el Mediterráneo oriental, unido al nivel de desarrollo que tenía para mover esa maquinaria inmensa que era el comercio y conservación del legado literario mediante los libros.

7. BIBLIOGRAFÍA

- A. Gellii, *Noctes Atticae* II, Oxford, 2005.
- C. Gallardo, «Lecturas y lectores en la Roma antigua», *Estudios clásicos* 121 (2002) 43-61.
- Catulli, *Carmina*, Oxford, 1958.
- Catulo, *Poemas*, Madrid, 1993.
- G. Hacquard, *Guía de la Roma Antigua*, Madrid, 2008, 64.
- Horacio, *Sátiras, Epístolas, Arte poética*, Madrid, 1996.
- <http://ntic.educacion.es/w3/eos/MaterialesEducativos/mem2001/scripta/trad/trad.htm> (05/04/10).
- J. A. Millán, *El candidato melancólico*, Barcelona, 2006, 17-23.
- J. C. Fernández Corte – A. Moreno Fernández, *Antología de la literatura latina*, Madrid, 2009, 583-587.
- L. Annaei Senecae, *Ad Lucilium Epistulae Morales* I, Oxford, 1965.
- L. Annaei Senecae, *Dialogorum Libri Duodecim*, Oxford, 1977.
- L. Casson, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, Barcelona, 2005, 16-22.
- L. Cortés Vázquez, *Del papiro a la imprenta pequeña historia del libro*, Salamanca, 1997, 16-22.
- Marcial, *Epigramas completos*, Madrid, 2002.
- Martialis, *Epigramata*, London, 1993.
- Q. Horati Flacci, *Opera*, Oxford, 1988.
- R. Carande Herrero, *Fragmentos de poesía Latina épica y lírica*, Madrid, 2003.
- Séneca, *Diálogos*, Madrid, 2000.
- Séneca, *Epístolas morales a Lucilio* II, Madrid, 1999.
- T. Kleberg, «Comercio librario y actividad editorial en el mundo antiguo», en: G. Cavallo, *Libros, editores y público en el mundo antiguo*, Madrid, 1995, 64-99.
- www.perseus.tufts.edu/hopper (24/03/10).
- www.thelatinlibrary.com (01/04/10).